

ANIVERSARIO

1

Nevaba.

Los copos se posaban con delicadeza sobre el parabrisas. Intentábamos apartarlos, pero seguían cayendo. Era bonito. El suelo parecía completamente blanco, sólo conseguíamos ver el asfalto a través de dos pequeños raíles que habían surcado los neumáticos de los coches al pasar.

No hubo demasiado tiempo para maniobrar. Dos faros aparecieron a lo lejos moviéndose de un lado a otro, parecía que no hubiese nadie al volante.

La luz se reflejaba en la nieve y durante un instante todo se volvió blando, como ocurre en los fundidos de las películas.

Fue silencioso y rápido. Las ruedas se bloquearon al pisar el freno y se deslizaron sobre la carretera con la misma sutileza con la que una bailarina patina sobre el hielo.

El fado continuó sonando. Los acordes de la guitarra se mezclaron con el ruido de las sirenas de las ambulancias y la voz quebradiza de Cristina Branco siguió oyéndose mientras extraían tu cuerpo inerte del vehículo.

Mañana es 9 de mayo.

Ha llamado tu madre. Van a volver a hacerlo. Van a volver a celebrar que ya han pasado siete años de aquella inusual nevada que tiñó de blanco un primavera mes de mayo. Van a volver a celebrar que siete años atrás todavía te quedaban unas pocas horas de vida.

Todo lo que hacen para recordarte me resulta obsceno. Todas esas cosas que ellos aseguran que te pertenecen a mí me parecen ajenas.

Hace sol.

Escucho a Cristina Blanco en el tocadiscos y lloro.

Las cosas nunca volverán a ser como fueron

Incluso su voz, sin nieve alrededor, parece distinta.

He olvidado las flores.

Tus padres han llevado un ramo. Uno cada uno. Dos ramos de rosas grandes y rojas como puños ensangrentados.

Tu lápida se parece a todas las que hay a su alrededor, supongo que la mayoría de nuestras diferencias desaparecen cuando estamos muertos.

Hubiera preferido que no pusiera nada. Ningún tipo de inscripción. Nunca he conseguido entender el motivo por el que cuando fallecemos tenemos que dejar un texto a modo de despedida grabado sobre una piedra. Ni siquiera podemos elegir las palabras, acaban siendo un familiar o un amigo el que decide la frase que leerán quienes visiten nuestros restos.

Tu madre quería poner un texto larguísimo en el que te recordaba lo mucho que te quisimos y te pedía que nos esperases con los brazos abiertos y algunas otras cosas por el estilo, pero finalmente conseguimos convencerla para reducirlo a un escueto: NO TE OLVIDAREMOS.

Creo que ahora está llorando. No puedo asegurarlo porque estoy situado detrás de ella, pero me ha parecido verla cuando se ha agachado a dejar las flores. Tu padre está a mi lado, tiene las manos en los bolsillos y intenta esconder sus carrillos en el cuello de la chaqueta. No hace frío, pero el aire corre con cierta violencia.

Tu hermano no está. No ha venido. Está trabajando y ha dicho que irá directamente al restaurante. Algunas veces pienso que a él todo esto le gusta tan poco como a mí, tan poco como te gustaría a ti si pudieras verlo.

Hemos vuelto al coche andando despacio, tanto que parecía que tuviéramos unas pesadas losas atadas a nuestros tobillos.

- Intenta traer flores la próxima vez –me ha dicho tu madre antes de abrir la puerta trasera para que pudiera montarme-, a él le gustaría –ha concluido.

Lo ha dicho en voz baja, acercando sus labios a mi oído hasta que casi se han tocado, como si temiera que tú pudieras estar escuchándonos.

Ha sido un discurso breve.

Quizá breve no sea la palabra más adecuada, pero al menos no ha sido tan largo y tedioso como en años anteriores.

Detesto que tu madre se empeñe en leerte una carta en medio del restaurante. Se pone en pie con un folio en las manos y comienza a hablarte a una silla vacía. Siempre tiene que detenerse varias veces porque no puede contener las lágrimas. Todo el mundo nos mira.

Tu hermano ya estaba allí cuando hemos llegado. Sentado en la barra, tomando una cerveza. Tu padre le ha recriminado su actitud diciéndole que no era el día más idóneo para beber, pero él se ha justificado asegurando que estaba tomando cerveza sin alcohol, aunque el botellín de cristal que sujetaba en las manos decía justo lo contrario.

El maître nos ha preguntado varias veces por el número de comensales que finalmente asistirían a la comida; no parecía entender que cuatro personas quisieran ocupar una mesa para cinco. Finalmente ha desistido y nos ha ubicado en el sitio que habíamos reservado desde el principio. Lo ha hecho luciendo la mejor de sus sonrisas. Tenía un cierto aire a Jean Paul Belmondo, aunque algo más feo y con sobrepeso. Te habría resultado gracioso verle.

Hemos tomado una ensalada templada de cangrejo y granada de primer plato, lenguado *meuniere* de segundo y tarta de dulce de leche de postre. Un menú cerrado, como cada año, que ha elegido tu madre basándose en tus preferencias.

Tu hermano no ha probado bocado. No le gusta el pescado. Ha dicho que le recuerda demasiado al mar y que el mar no es el recuerdo más propicio para abrir el apetito. He estado a punto de sugerirle que se pidiera otro plato de la carta: era extraño comer mientras él permanecía impertérrito, con las manos sobre las rodillas, sin tocar siquiera los cubiertos; pero finalmente no le he dicho nada, no creo que a tu madre le hubiera parecido bien que nos saltáramos su estricto protocolo.

En el último párrafo de su carta te ha pedido perdón. Ha dicho que nos perdones si no supimos estar a tu lado cuando lo necesitabas, o si no hicimos todo lo posible para evitar tu trágico desenlace.

Lo ha dicho en plural, incluyendo a tu padre y a tu hermano en la disculpa, incluyéndose ella misma también, pero creo que solamente lo ha hecho por cortesía. Ningún de ellos viajaba contigo en el coche aquella noche y eso es algo que nunca podrán olvidar.

4

La fotografía está sobre la mesa.

Es la misma imagen de siempre. No se te ve bien la cara porque llevas una gorra de béisbol calada hasta las cejas. A tu padre le encanta. Lo dice todos los años. También nos recuerda que te compró aquella gorra cuando eras un crío en un puesto de venta ambulante. Puede verse en la visera el logotipo de *Los Ángeles Lakers*, o el de *Los Chicago Bulls*, no lo tengo muy claro, el caso es que a ti nunca te gustó el baloncesto y eso es precisamente, según ellos, lo que hace divertida la historia.

La peor parte es la de los regalos. Cada uno de nosotros le entrega un paquete envuelto en papel de fantasía a tu imagen inerte y luego tu madre los recoge todos y los coloca sobre el colchón de tu cama. Tu habitación sigue exactamente igual, la única diferencia radica en que ahora varias decenas de regalos sobre el edredón.

Ni siquiera los abrimos. Acercamos el paquete al marco de la fotografía y luego lo llevamos a tu cuarto. Eso es lo que hacemos, Ninguno de nosotros sabe lo que te han comprado los demás.

Yo te he regalado seis veces el mismo disco de Cristina Branco. Los primeros años lo compraba en una tienda de música situada a un par de manzanas de mi casa, pero luego comencé a encargarlo por internet porque pensé que el dependiente creería que estoy loca al verme pagar el mismo *compact disc* una y otra vez.

Me ha tocado el segundo turno, detrás de tu hermano, que ha colocado sobre la mesa un paquete rectangular que podía contener un libro, o quizá un DVD, y justo antes que tu padre, que agarraba su regalo, del tamaño de una caja de cerillas, con los dedos de la mano izquierda.

He sacado un sobre rojo del bolso y lo he puesto frente a ti. Tus ojos, ocultos tras la visera, no han parecido inmutarse.

-No lo has envuelto – Me han recriminado al unísono tus padres.

-Lo sé – he contestado. Es una invitación; una invitación de boda. Voy a casarme.

Durante un tiempo no ha ocurrido nada. Silencio. Un largo silencio que parecía que o se fuera a terminar nunca.

-Creo que hay algo de papel en la cocina – ha dicho tu madre finalmente-. Voy a buscarlo y te ayudo a envolverlo.

Y nada más pronunciar la frase, ha salido del salón desapareciendo ante nuestros ojos.

5

El séptimo aniversario ha terminado.

Los regalos descansan sobre tu cama la foto vuelve a estar en la estantería y tu hermano mira un partido de fútbol en la televisión con el mando a distancia acomodado en su regazo.

Tu padre a insistido en llevarme en coche a la estación, peor he declinado su ofrecimiento asegurándole que un poco de aire fresco me vendría bien, por lo que prefería ir dando un paseo.

Tu madre me ha acompañado a la puerta. Lo ha hecho andando a mi lado en silencio, sin pronunciar una sola palabra.

-¿Volverás el año que viene? –me ha preguntado cuando ya estaba en la calle caminando de espaldas a ella.

- Lo intentaré – he contestado dándome la vuelta.

- Gracias – ha dicho mirándome a los ojos.

Y creo que, por primera vez en los últimos siete años, te he visto reflejado en los suyos.

Ganador Prosa 2012
Miguel Ángel González González
(MADRID)